

UNA
HOLANDESA
EN
AMÉRICA



Imágenes de autora:

Cubierta interior:

commons.wikipedia.org

fuelle y autoría:

<http://colombiacultura.com/2013/10/07/voces-y-silencios-soledad-acosta-de-samper/>



Pg.17 y 299:

commons.wikipedia.org

Fuente y autoría:

Cultura Banco de la República de Colombia

Flickr, CC BY 2.0, <https://commons.wikimedia.org/w/index.php?curid=9449238>



editorial graviola

Una holandesa en América

© 1888, del texto: Soledad Acosta de Samper

Fuente de la edición de A. Bethencourt e hijos. Curazao, 1888

Primera edición Editorial Graviola: mayo 2023, Pamplona, España

www.editorialgraviola.com

editorialgraviola@gmail.com

Ilustraciones y cubierta: Manuela Moreno Carvajal

Prólogo: Juan Pablo Rodríguez Méndez

Dirección de la edición y notas: Editorial Graviola

Apoyo editorial: Miren Estruch

ISBN: 978-84-125039-7-5

Depósito legal: DL NA 1087-2023

**UNA HOLANDESA
EN AMÉRICA**

Soledad Acosta de Samper

editorial graviola

Colección
Migrantes de antaño

ÍNDICE

Aprender la independencia IX

Primera parte:

Lucía en Holanda 1

- i 5
- ii 18
- iii 27
- iv 35

Segunda parte:

El viaje 41

- i 45
- ii 60
- iii 72
- iv 80
- v 89

Tercera parte:

La hacienda 101

- i 105
- ii 120
- iii 140
- iv 150

Cuarta parte:	
En Bogotá	159
i	163
II	166
iii	178
iv	183
v	197
vi	201
vii	220
Quinta parte:	
La lucha es la vida	233
i	237
ii	242
iii	248
iv	256
Epílogo	271

APREHENDER LA INDEPENDENCIA

De todas las curiosas casualidades y pintorescas anécdotas que adornan, por no decir determinan, la historia republicana de los países hispanoamericanos, la mayoría de ellas se dieron durante el convulso siglo XIX, en el que no se supo muy bien, en ningún momento, para dónde debía ir cada emergente nación. Una de esas anécdotas tan absurda como extravagante, y más legendaria que real, es la que trata sobre la famosa Conspiración Septembrina, en la que un grupo de opositores al ya denominado Libertador Simón Bolívar pretendió asesinarlo mientras descansaba en los aposentos del Palacio Presidencial, ubicado en la Calle 10 con Carrera 5, en pleno centro de Bogotá. Hoy en día, en ese mismo lugar, llamado Palacio de San Carlos, funciona la Cancillería de Colombia y una pequeña placa en su fachada recuerda el episodio antes citado.

Sin embargo, para entonces, es decir, para ese 25 de septiembre de 1828 en que Bolívar logró escapar del intento de magnicidio, según el relato popular

gracias a la ayuda de Manuela Sanz, el Palacio de San Carlos ya había vivido días más gloriosos, de mayor envergadura y trascendencia histórica... por lo menos, y es lo que nos interesa, desde el punto de vista literario. Sin desmerecer la inventiva que ha rodeado, acrecentado y encumbrado a gesta nacional las artes de escapista noctívago de Bolívar, mayor literatura, ficción, relatos, cuentos y narraciones pasaron previamente por el Palacio, ya que allí funcionó, desde su inauguración en enero de 1777, y hasta 1823, la Real Biblioteca Pública de Santa Fe, más tarde rebautizada como Biblioteca Nacional de Colombia.

Fue el virrey Manuel Guirior, el mismo que dividió a Bogotá, por primera vez, en barrios (La Catedral, La Candelaria, Santa Bárbara, Egipto, Belén, Las Cruces, Usaquén y San Luís), quien decidió abrir al público la Real Biblioteca de Santa Fe con los fondos bibliográficos incautados a los jesuitas durante el proceso de expulsión de estos. Su mandato como virrey de la Nueva Granada, que duró tan solo cuatro años, entre 1772 y 1776, estuvo centrado, precisamente, en políticas de ampliación cultural (además de la Biblioteca impulsó una universidad pública) y organización económica (razón esta para dividir y ordenar a Bogotá urbanísticamente en los barrios antes mencionados).

Se preguntará el “desocupado lector” qué tiene que ver toda esta historia de conspiraciones, palacios del centro capitalino colombiano, virreyes del siglo XVIII y políticas de desarrollo urbano con la vida y obra de Soledad Acosta de Samper (Bogotá, 5 de mayo de 1833- Bogotá, 17 de marzo de 1913).

Pues bien, la respuesta está en el primer adjetivo y el primer sustantivo de este prólogo: curiosas casualidades. Y no hablamos únicamente de los vínculos genealógicos gracias a los cuales, por ejemplo, el marido de Soledad Acosta, José María Samper Agudelo, era hermano de Miguel Samper Agudelo, cuyo nieto Daniel Samper Ortega fue director, de 1931 a 1938, de la propia Biblioteca Nacional y promotor del cambio de sede a su actual ubicación en el emblemático edificio de la Calle 24.

Las “curiosas casualidades” nos llevan adelante y atrás en el tiempo, por supuesto; pero, lo más importante para el caso, todas ellas nos conducen a Soledad Acosta de Samper y la obra que aquí se presenta: *Una holandesa en América*. Así, por ejemplo, la Biblioteca Nacional era dirigida por el sobrino nieto del matrimonio Samper Acosta en 1933, cuando se cumplieron 100 años del nacimiento de Soledad Acosta; y en el 2013, al cumplirse los 100 años de su muerte, la propia Biblioteca Nacional lideró, en asociación con la Universidad de los Andes, el proyecto de la Biblioteca Digital Soledad Acosta de Samper, en la cual están recopilados y accesibles, como diría Juan Gustavo Cobo Borda de Helena Araujo, todo el “boy-scoutismo cultural colombiano”: manuscritos, documentos, correspondencia e impresos de la autora bogotana.

Entre el vasto corpus digital que se puede consultar, donde están recopilados más de 650 documentos escritos por Acosta Samper, nos encontramos con que sus colaboraciones de prensa, la mayoría de ellas firmadas desde el extranjero y con seudónimo, comparten las ideas principales que el lector encontrará

en las sucesivas páginas de *Una holandesa en América*: la rotunda certeza de que la realización personal de las mujeres corre por cuenta de ellas mismas, sus proyectos vitales y su independencia personal. El carácter de Lucía, la protagonista de *Una holandesa en América*, resalta el perfil decidido y autosuficiente de una persona que ha de sobreponerse a un sinfín de adversidades para cumplir con su deber, con lo que ella entiende es su deber. En cuanto comprende la naturaleza de su sino entra en escena otra de las ideas que rondan la obra de Acosta de Samper: la entrega sin reservas al trabajo formativo y civilizador dentro de los patrones occidentales de la época, una vocación pedagógica permanente. Sirva como ejemplo mencionar que fue la propia Soledad Acosta la encargada de fundar y dirigir la revista *La Mujer* (1878-1881), tan solo un par de años después de publicar por entregas, en 1876 (justo en el año del centenario de la fundación de la Real Biblioteca Pública de Santa Fe), en el periódico *La Ley*, *Una holandesa en América*. Durante estos cuatro años, en que publicaron sesenta ejemplares de la revista, *La Mujer* fue un medio escrito por y para mujeres con el objetivo de visibilizar el papel femenino en la historia y analizar el rol a desempeñar en la sociedad del momento.

Tal es el caso de *Una holandesa en América*, toda vez que se trata de una novela migrante en la que se pretende resaltar la necesidad de formarse en el entendimiento del pasado y la historia para comprender, asimilar y aprehender el presente, de manera que este pueda ser modificado y acoplado a los emergentes modelos de vida, en este caso la participación

independiente de la mujer en la sociedad moderna. La exégesis histórica que propone Acosta de Samper parte del entendimiento y reconocimiento de América, no sólo de Colombia (entonces Nueva Granada), a partir de las lecturas ilustradas que hacen parte de la formación tanto de la protagonista como de la autora. A diferencia de las novelas americanas del siglo XIX, no hay una exaltación romántica del virginal e incorrupto territorio que representa el denominado Nuevo Mundo. Por el contrario, la travesía en la que se embarca Lucía —que hace su periplo migrante y definitivo de Europa a América, incluidos los céntricos barrios bogotanos, que demarcó el virrey Manuel Guirior—, tras haber sido criada en Holanda, camino de la Nueva Granada, donde está su familia, se asienta en el reconocimiento del continente de destino como un territorio con historia y en proceso de desarrollo, que es menester conocer y reconocer en su singularidad más allá de los lugares comunes y los tópicos. Y es, precisamente, ese punto de vista el que se halla en el reclamo de Acosta de Samper, también expuesto a lo largo de su obra periodística, a la hora de exponer el desconocimiento generalizado que existe entre los propios americanos sobre el continente donde nacieron, crecieron y viven.

La vida cosmopolita de una *migrante de antaño* como Soledad Acosta —que la llevó a vivir en Inglaterra, Francia, Canadá y Estados Unidos, por ejemplo—, en pleno furor modernista de mediados del siglo XIX, así como una crianza intelectual de gran riqueza cultural, con un padre católico y una madre protestante, le permitieron forjar un carácter independiente,

convencida del poder de la educación y la formación heredera de los enciclopedistas franceses como vía de desarrollo civilizado dentro de los cánones occidentales y cristianos de la época. No en vano, la odisea en la que se convierte el viaje de Lucía desde el norte de Holanda hasta la gélida Bogotá de 1854 es el vivo retrato de una de las expediciones geográficas y naturalistas de Alexander Von Humboldt, de quien tanto aprendió su padre, Joaquín Acosta, eminente minero, geólogo y geógrafo, educado en Francia y los Estados Unidos de la década de los veinte del siglo XIX. En el viaje de Lucía, durante los primeros compases de *Una holandesa en América*, nos encontramos con la referida intención de la autora de mostrarnos la vastedad de un mundo desconocido para quien lo transita, que se aleja de las referencias preconcebidas, pero que tiene una personalidad histórica y social propia dentro de su camino de construcción.

Dicho camino de construcción nacional nos conduce a una casualidad final que está, curiosamente, al inicio de la novela: el epígrafe empleado por Soledad Acosta de Samper antes de narrar la partida de Lucía desde su Holanda natal. Escoge la escritora bogotana una frase del entonces recientemente fallecido poeta y político romántico francés Alphonse de Lamartine: “El amor y el entusiasmo son dos aceites perfumados de la lámpara de la vida”. Estas palabras, llenas de fuerza, que son a la vez una vigorosa invitación a no dejarnos doblegar por las dificultades de la vida, llevados por nuestra propia pasión, vehemencia y devoción hacia nuestros objetivos, son las escogidas por la propia Acosta de Samper como epígrafe del capítulo

quinto de su libro dedicado al “prócer” Galán: *José Antonio Galán: episodios de la guerra de los comuneros*.

Nos encontramos, en definitiva, en *Una holandesa en América* con un maravilloso relato en el que la activa participación de los involucrados, con Lucía como eminente protagonista, resalta el valor de la independencia ciudadana, sobre todo en las mujeres. Una independencia que sirve de medio para afrontar las transformaciones culturales y civilizatorias de finales del siglo XIX en un continente que logramos asir y aprehender gracias, en gran medida, a novelas como esta de Soledad Acosta de Samper. Una mujer que a lo largo de 80 años de vida dedicados con pasión a su vocación literaria, periodística y cultural, entre América y Europa, dejó, además, ese inmenso legado que comprende veintiún novelas, igual número de tratados de historia, cuatro obras de teatro, casi media docena de cuentos, estudios sociales e innumerables traducciones, entre otros textos, que bien merece la pena consultar para reafirmar la coherencia de un discurso de decidida autonomía que es de plena vigencia en nuestros días.

Juan Pablo Rodríguez Méndez



UNA
HOLANDESA
EN AMÉRICA

PRIMERA PARTE:
LUCÍA EN HOLANDA

*El amor y el entusiasmo son dos aceites perfumados de la
lámpara de la vida.*

Lamartine



I

Hacia el norte de Ámsterdam se avanza una lengua de tierra de forma extraña que divide al mar del Norte del golfo de Zuiderzee: aquel terreno más bajo que el mar y circundado por dunas o colinas arenosas está regado por multitud de pequeños canales que cortan el suelo y forman innumerables islotes. Todas las aguas que allí se recogen van a caer en un gran canal que las utiliza para hacer circular embarcaciones, que viajan constantemente desde el puerto de Ámsterdam hasta la isla de Texel, en donde se estaciona la flota holandesa. Aquellos terrenos siempre húmedos, puesto que han sido laboriosamente arrancados por palmas a las olas del mar, son naturalmente muy feraces y extraordinariamente poblados.

Las orillas de los canales están ornadas con molinos, cortijos y casas de todos tamaños y variadísima arquitectura. Sobre el agua nadan anchos botes en donde moran familias enteras, que viajan constantemente de una a otra población: allí nacen niños y animales domésticos, y se crían y mueren como si

estuviesen en tierra firme. Pero es de advertir que es preciso ser holandés, es decir, llevar en las venas agua estancada en lugar de sangre, para sufrir con paciencia semejante vida tan monótona y viajar con aquella lentitud, puesto que pasan uno o dos días recorriendo un trecho que pudiera transitarse descansadamente a pie en pocas horas.

Pero este es el país de la paciencia: hombres, mujeres y niños pasan su existencia sosegada y tranquilamente, y llegan a la senectud sin haberse molestado jamás ni haber tenido nunca el menor afán. Los animales participan de aquella índole pacífica: los perros no se toman la pena de ladrar; los toros no embisten; los caballos tiran lentamente las embarcaciones grandes por las orillas de los canales, sin salir de su paso y sin que los apuren, griten o maltraten, porque tampoco han corcoveado ni se han espantado jamás. Los niños juegan sin alterarse ni hacer ruido, las mujeres meditan apaciblemente en lugar de charlar unas con otras y los hombres fuman sus largas pipas sin disputar ni reñir. No altercan ni porffian, porque creen que no puede haber en el mundo motivo suficientemente grave que les obligue a acalorarse y dejar de arrojar humo por la boca. Pero no se crea por esto que los holandeses son perezosos: al contrario, viven dedicados al trabajo y llevan a cabo empresas colosales con una paciencia ejemplar. Enseñados a luchar con un enemigo tan tenaz como es el mar, el cual sin cesar amenaza invadir sus tierras, los holandeses se han acostumbrado a vivir en presencia de un peligro constante, bien que silencioso, y se han conformado con sobrellevar callando su suerte y meditar a toda

hora con inconsciente solemnidad en una situación tan crítica como es la suya.

Despuntaba la aurora tristemente sobre las bajas tierras de Holanda. A pesar del pleno verano, puesto que era 15 de junio, el sol permanecía oculto, cubierto con una niebla compacta y fría: esta llenaba el horizonte, se arrastraba perezosamente sobre las verdes praderas, arrojaba con su denso manto las hileras de sauces (que, salpicados con brillantes gotas de rocío, se inclinaban sobre los canales y diques), caprichosamente cobijaba por algunos momentos todo el paisaje; se rasgaba después para dejar descubiertos aquí y allí los altos brazos de los molinos o rojos techos de las quintas y cortijos, volviendo en seguida a desaparecer todo entre el vapor gris.

No obstante lo matinal de la hora, todo ser viviente estaba en movimiento según las costumbres del país, es decir, una actividad sin ruido ni animación. Las puertas y ventanas se abrían unas tras otras, y en ellas aparecían robustas sirvientas armadas con escobas, plumeros y cepillos que deberían servirles para empezar la faena diaria, mientras que otras se dirigían a los aseados establos para ordeñar las vacas y dejarlas libres después en los prados, mugiendo suavemente para llamar a sus crías. La voz maternal del ganado se unía al sonido de las campanas que llevaba cada res atada al cuello, al balido de las blancas ovejas y al destemplado chillido de los patos, gansos y cisnes que nadaban por centenares en los canales divisorios de las heredades.

Las poco infladas velas de las embarcaciones aparecían aquí y allí a ras de tierra, y como fantásticas

sombras se deslizaban pasando por delante y por detrás de los molinos y casas, y en seguida desaparecían entre la niebla como ensueños inverosímiles. Todos los canales estaban cubiertos de embarcaciones: se veían botes tirados por caballos que caminaban pausadamente por la orilla, y aguardaban los tripulantes, sin impacientarse nunca, que se fueran llenando las compuertas de los diques para bajar hacia la mar. Otros pequeños botes iban manejados con una percha larga, y estos avanzaban con mayor prontitud... Entre estos últimos nos fijaremos en la embarcación que guiaba un joven con singular destreza, y se adelantaba aceleradamente a través de las enmarañadas plantas de iris silvestre, de florido nenúfar y otros bejucos acuáticos, los cuales tenía que romper con la percha al hundirla en las orillas del canal.

Nuestro viajero contaría poco más o menos unos veinticuatro años de edad; era blanco y rubio, y sus ojos azules y cabello crespo y abundante denotaban su origen en parte holandés, aunque su erguido talle y movimientos elegantes, mano pequeña y nerviosa, y cierta energía y fuego en la mirada, unida a su actividad, no dejaban duda de la mezcla que debería de haber en su sangre con alguna raza meridional.

Después de pasar sin detenerse delante de varias casas que se levantaban a orillas del canal, el viajero se detuvo enfrente de una habitación. La casa era de tres pisos, edificada completamente de ladrillo rojo, y sus paredes parecían un tablero de ajedrez, tan llenas de ventanas estaban, y sobre el tejado se leía con brillantes colores la fecha y el año en que fue concluida. Al frente ostentaba un jardincillo simétrico, con

alamedas de árboles cortados iguales todos y de blanqueados troncos para que se pudiesen lavar todos los días. De trecho en trecho se alzaban sobre zócalos de ladrillos vidriados jarrones de loza con plantas floridas. El suelo estaba perfectamente barrido, y en ninguna parte se veía una hoja seca ni la más leve basura ni mancha, y hasta la grama tenía un color uniformemente verde esmeralda. Algunas gradas de piedra blanca conducían a la puerta principal, la cual estaba coronada con una inscripción en holandés, que decía:

Vreugde en vrede!

Todas las casas de la dicha provincia llevan inscripciones como aquella, que caracterizan las costumbres y cándidas ideas de sus habitantes.

Además del canal común, que era como si dijéramos el camino real, había otro particular que circundaba el terreno y por vía de cerca lo dividía de las heredades vecinas. Nuestro joven ató su bote a la orilla del canal principal, y, pasando por un elegante puente, abrió la puerta del jardín y se dirigió a la casa, sin hacer alto en la congregación de gansos y de cisnes que se le habían agregado, marchando detrás de él y formando con sus chillidos una música discordante, lo que significaba que aguardaban con una impaciencia rara en aquel país su pitanza natural. En tanto el joven se limpiaba cuidadosamente las botas en un instrumento que para el caso se hallaba al pie de las gradas, y subiéndolas golpeó fuertemente con el picaporte en la cerrada puerta.

.....
1 Alegría y paz.

Al ruido se presentaron simultáneamente a una ventana del segundo piso dos jóvenes blancas y rosadas, que le saludaron, y al mismo tiempo le abría la puerta una rolliza sirvienta.

—¡Heer² Carlos! —exclamó esta.

—¿Muy de mañana vengo? —preguntó el joven.

—No —contestó la criada—; ya las señoras están en pie... Entre usted.

—Sólo vengo en calidad de correo —repuso él—, y quisiera hablar con la señora.

—Aquí viene la señorita con su prima.

—¡Abre la sala, Brígida! —exclamó una voz desde arriba; y aparecieron bajando las escaleras de los pisos altos las dos niñas que hemos visto asomarse a la ventana.

—No puedo entrar —contestó el joven—, ni detenerme..., pero quisiera ver a la señora madre de usted —añadió dirigiéndose a una de las dos niñas, después de saludar a ambas con agradable sonrisa.

—Mi madre está en la lechería... Brígida —añadió—, ve a llamarla.

Esto dijo la más grande de las dos jóvenes: era esta de elevada estatura, blanca, bien carnada y de fisonomía franca y alegre. La otra era menos rosada, pequeña de cuerpo y delgada, tenía el pelo casi rojo, los ojos pardos y expresivos, la boca grande, la nariz bien formada. Pero aunque no podía llamársela fea, no era hermosa como su prima, la cual parecía una rosa fresca, lozana y llena de vida y amabilidad.

—¿Qué se ofrecía a usted con mi tía tan de mañana? —preguntó la más pequeña.

.....
2 Señor.



Manuela Moreno Carvajal

(Medellín, Colombia, 1994)

Estudió arquitectura en la Universidad Nacional de Colombia, ahora se dedica a la ilustración y al diseño gráfico. En su trabajo busca abordar la intimidad, la relación con lo que nos rodea y las casas que habita. Es una fisgona de lo cotidiano.



Juan Pablo Rodríguez Méndez

(Bogotá, Colombia, 1991)

PhD en Artes y Humanidades por la Universidad de Navarra. Desde joven se apasionó por la literatura y la historia. Tras estudiar periodismo en la Universidad de la Sabana y trabajar en radio unos años, se mudó a España para complementar su formación académica con el Máster de Estudios Contemporáneos en Arte, Historia y Filosofía de la Universidad de Navarra (UNAV), donde también tuvo lugar su investigación doctoral en torno a la idea de nación.

Él es el director de esta nueva colección y prologa cada uno de los títulos.



SOLEDAD ACOSTA DE SAMPER

.....

(Bogotá, 1833 - 1913)

Fue una novelista, historiadora y periodista cuyos escritos son una parte esencial de la cultura colombiana por el reflejo que ofrecen de su tiempo y la reivindicación de la mujer en la sociedad. Los viajes de su familia la llevaron con cinco años a Quito, cuando nombraron como encargado de negocios de la Nueva Granada a su padre, el general Joaquín Acosta; a París, donde empezó a estudiar a los trece años; a Estados Unidos, y a Canadá, donde vivió con su abuela materna.

Regresó con su familia a Colombia en 1849, con 16 años, donde moriría su padre tres años después. Conoció en 1853 al escritor colombiano José María Samper, con el que se casaría en 1855. El encuentro dio inicio a la escritura de su diario, el primer documento que da cuenta de su trayectoria. La familia Samper Acosta viajó a Europa en 1858 donde Soledad empezó a trabajar como corresponsal de periódicos de Bogotá y Lima.

Soledad Acosta de Samper realizó tanto colaboraciones de prensa como obras literarias, algunas de ellas firmadas con pseudónimo y desde el extranjero. Sus escritos tratan la historia colonial y republicana junto con la reflexión liberal del rol de la mujer. Entre su extensa obra se pueden destacar los diarios y memorias *Reflexiones* (1853) y *Memorias íntimas* (1875); las novelas *Elisa o los corazones solitarios* (1876), *Emilia, Matilde y Leonor* (1879); los libros *Los piratas en Cartagena* (1886) y *Gil Bayle* (1898).

Conoce la colección entera



**Migrantes
de antaño**



Migrantes
de antaño

editorialgraviola.com